reinos de Castilla, a tratar con la majestad del rey don Felipe II, de este nombre que Dios tiene, cosas de su iglesia; el cual, estando en el convento de Tlalnepantla, dos leguas de esta ciudad donde estaba confirmando y yo era morador, le vide una siesta (que iba a visitarle) estar remendando una tuniquilla blanca que se ponía sobre el hábito, y diciéndole yo: ¿señor, pues faltará quién haga esto?, respondió: mi padre, en esto me crié, en esta santa provincia de Santiago, entre mis hermanos y padres santos, cosiendo y remendando nuestra ropilla, andando a pie y descalzos, y con nuestras capas al hombro; porque todos aquellos ministros antiguos, así franciscos, como agustinos y dominicos, no supimos de otra vida ni de otro regalo; y aunque por ser ya tan viejo no puedo en todo, a lo menos en lo que puedo no me olvido de lo que me enseñaron aquellos santos religiosos, y de lo que de ellos aprendí. De manera que a los principios de la fundación de esta nueva iglesia, y aun después muchos años, todos los ministros de ella fueron pobres, descalzos, humildes y que andaban a pie, haciendo vida santa y apostólica, hasta que por la necesidad y variedad de los tiempos les fue forzoso tener rentas y andar a caballo, como a nosotros los franciscos nos ha traído a esto último la obligación que tenemos en la doctrina de estas gentes, para bien administrarles los sacramentos y doctrina cristiana en las partes que están a nuestro cuidado y enseñanza.

CAPÍTULO XXXVIII. *De particulares ejemplos de abstinencia y pobreza de aquellos apostólicos varones*

UES HEMOS HABLADO ALGO EN COMÚN de la mucha pobreza y penitencia de aquellos bienaventurados que fueron nuestro antecesores, con que confirmaron en los corazones de los indios la doctrina del santo evangelio que les predicaban, justo será que para nuestra imitación (pues les sucedimos en la misma obra y tenemos obligación de seguir sus pisadas) traigamos a la memoria algunos ejemplos de los muchos que nos dejaron de su abstinencia y penitencia; en los cuales veremos el espíritu de Dios con que andaban ocupados en las obras de su ministro, y lo poco que regalaban sus cuerpos, a fin y causa de traer endiosadas las almas, aprovechándose de aquel apostólico consejo de San Pablo, que dice: Castigo mi cuerpo y póngolo debajo de dura y áspera servidumbre. A este propósito contaba el padre fray Diego de Almonte (que fue de los segundos que vinieron a esta tierra) que en el adviento, que es el ayuno de obligación que los frailes menores tienen, por mandamiento expreso de regla, por no tener las coles y otras hortalizas que ahora tenemos y nos sobran, hacían cocina de las manzanillas silvestres de la tierra, que dentro están llenas de granillos y son ásperas como nísperos antes que maduren; cosa que apenas con mucha hambre se puede comer. Pues ¿qué aceite o manteca habría en aquel tiempo para guisarlas? A otros de estos religiosos (muchos años

después) les acaecía apenas encender fuego para guisar cosa cocida, sino que a la hora del comer iban a la plaza o mercado de los indios y pedían por amor de Dios algunas tortillas de maíz y chile, y si les daban alguna frutilla aquello comían. Y no por esto tenían en menos los indios a los frailes, antes en más, porque veían que lo menospreciaban todo y querían padecer por amor de Dios. Porque sabían (como dice el sabio)[1] que por la abundancia de las comidas perecieron muchos, y que el abstinente y templado acrecienta vida. Y en pedirlo en las plazas, antes era gloria que vituperio; pues una de las calidades y condiciones de la regla que profesamos, y de que nos gloriamos y preciamos, es andar pidiendo limosna de puerta en puerta; y como estos santos varones traían tan reciente en los labios, de la boca del alma, la leche de aquella santa provincia de San Gabriel, que muchos de ellos fundaron y otros apostólicos maestros, que otros que no la fundaron tuvieron; con este espíritu y celo de vida santa, perfecta y apostólica, no sólo lo que comían querían que fuese áspero y desabrido, sino que también fuese buscado por el modo y manera más conforme a la perfección de lo que en la regla habían profesado; porque para que el voto de la pobreza sea en todo más ilustrado, cumple no sólo con no tener cosa propria sino también con que aun las necesarias para el sustento de la vida se busquen y tengan a los tiempos forzosos y necesarios. Verdad sea que aquello se pudo hacer entonces que tenían la administración dello muy a la mano y eran pocos; y ahora no es conveniente este modo de vivir, porque si no se previene y busca muy de antes no se halla y aun después de buscado algunas veces falta; porque los indios ya son muy pocos y sus trabajos muchos, y los españoles han crecido y los ministros también.

Ésta, pues, era la comida de aquestos benditos religiosos, no queriendo más, porque si lo quisieran no les faltara, porque tenían los indios muchas gallinas, y no sólo muchas, pero sobraba en grandísima abundancia; pero si algunas veces las comían, cuando se las daban, era repartiendo una gallina en tantas comidas que apenas llegaban a gustar el sabor de gallina. El padre fray Gerónimo de Mendieta dice en su libro de mano que conoció dos religiosos, que moraron juntos mucho tiempo, que repartían una ave en muchas comidas y no los nombra; de donde infiero que debía de ser él el uno de ellos, porque de su vida y composición se puede presumir toda esta abstinencia y mortificación.

Si acaso algunos comían ave, de estas que llaman de la tierra, era una sola en toda la semana, repartiéndola de esta manera: El domingo cocían el menudo, que es pescuezo, cabeza, hígado y mollera; y esto comían los dos o tres que estaban en el convento, porque en aquellos tiempos no pasaban de este número, por ser tan pocos los frailes, según la parte que a cada uno cabía. Los otros cuatro días guisaban cada día su cuartillo sin otra carne, y la noche no cenaban; porque ésta era general costumbre en toda la provincia no cenar, sino sólo el domingo. De este poco comer (a lo menos de aves o gallinas) soy yo testigo, porque siendo yo mozo y mo-

[1] Eccl. 37.

rando con el bendito padre fray Francisco de Reinoso en el convento de Chiauhtla, donde era guardián, comíamos una sola gallina de la tierra los dos (que no había más) en cuatro días de la semana, que era domingo, lunes, martes y miércoles, y para el jueves se mataba un pollo; y en todo lo demás de su vida era tan estéril y recatado como en esto.

De tanta abstinencia y falta de comida acaecía a algunos religiosos venir a tanta flaqueza que se caían de su estado por los caminos, de las partes y pueblos que andaban visitando. Y alguno certificó de sí, que todas las veces que tropezaba (que serían hartas) caía en el suelo porque no tenía fuerzas para sustentar las piernas; y con todo esto trabajaban en la doctrina y visitas mucho más que ahora, y el Señor los esforzaba y consolaba, porque no en solo pan vive el hombre. Y el apóstol dice[2] que cuando más flaco se sentía en el cuerpo, estaba mucho más robusto y convalecido en el alma. Porque como dice en otra parte: Todo lo podía en aquel que lo confortaba. El vino siempre los padres antiguos de esta provincia tuvieron por vicio beberlo, así por venir de España y valer caro, como también porque en esta tierra es fuego y enciende el cuerpo demasiadamente; por lo cual los frailes, manifiestamente necesitados, buscaban otros géneros de bebida cociendo el agua simple, porque no les relajase el estómago, con hojas de ciertos árboles; y así decía el padre fray Francisco de Soto, uno de los doce primeros, que el vino en esta tierra había de estar en las boticas para darle por medicina a los necesitados. Escrupuleaban tanto no sólo el beberlo, sino también en tenerlo, que el padre que llamaban de Ciudad-Rodrigo, siendo guardián del convento de San Francisco de México no quiso recebir una botija de vino que el santo arzobispo Zumárraga le enviaba en una Pascua, para regalo de sus frailes enviándole las gracias y a decir juntamente, que pues tanto amaba a sus frailes le suplicaba no se los relajase ni pusiese en malas costumbres. Otra vez el siervo de Dios fray Martín de Valencia reprehendió al mismo obispo, porque en cierto camino que caminaban juntos hizo llevar una bota de vino para dar un poco a los frailes; considerando el cansancio y trabajo que llevaban. Finalmente no consentían que hubiese dos botijuelas pequeñas de vino en el monasterio o convento, sino una sola para las misas.

Cerca del vestuario fue tanta la pobreza entre aquellos padres antiguos, que el padre fray Diego de Almonte contaba de sí mismo que teniendo ya el hábito que trajo de España tan roto, que no lo podía traer de hecho pedazos, hizo que los niños de la escuela del convento donde estaba lo deshiciesen y destorciesen el hilo hilado y torcido, y lo volviesen como cuando la lana está en peso; y aquella lana volvieron a hilar y tejer unas indias, como ellas tejen su algodón, y de aquello se hizo otro habitillo bien flojo, que fue de poco provecho; y hizo esto, este pobre religioso, porque entonces aún no había lana de que hacer otro y por no mudar la materia del paño de que andaba vestido. Y no sólo este religioso, pero todos en común padecían esta mengua y desnudez, que fue muy grande en aquellos

[2] Math. 4.

primeros tiempos; porque los frailes que a la sazón venían de España no usaban más ropa de la que traían vestida, y aquélla se les acababa en poco tiempo y no había sayal, ni de qué hacerlo, si no eran mantas de algodón teñidas de pardo. Esta penuria tan grande de ropa que tuvieron aquellos primeros ministros de esta iglesia sentían mucho algunos destos indios, en especial los señores y principales, y era mayor el sentimiento cuanto crecía la carestía de la materia del vestuario; porque veían que no lo había, y que los religiosos no querían vestir de otra cosa, y por esto andaban rotos y desnudos. En estos tiempos pasó a esta tierra un castellano que hacía sayales, y por ser el primero y mucha la necesidad pagábase como quería; y como los religiosos tenían por excesivo el precio, mucho se abstenían de comprarlo y sufrían su desnudez y rotura.

Entre los señores que más devoción mostraban a los siervos de Dios y ministros suyos fue uno del pueblo de Quauhquechola, llamado don Martín, señor y cabeza del dicho pueblo, el cual, como veía la mengua grande que padecían en el vestido y compadeciéndose dellos y sabiendo la venida del sayalero, mandó a ciertos vasallos suyos que viniesen a esta ciudad de Mexico y que entrasen a soldada con aquel oficial, y que mirasen bien y disimuladamente cómo lo hacía; y que en deprendiendo el oficio se volviesen. Ellos lo hicieron tan bien que tomaron secretamente las medidas del telar y del torno, y cada uno miraba cómo se hacía, y en alzando de obra platicaban lo que habían visto; de suerte que en pocos días supieron bien el oficio, salvo que el urdir la tela los desatinaba, aunque con el deseo de saber y cuidado que ponían, lo supieron en breve y lo entendieron; y sin despedirse del español cogieron el hacecillo de varas que tenían de las medidas que habían tomado y volviéronse a Quauhquechola; y asentaron telar y hicieron sayal, de que los frailes se vistieron; y los indios quedaron maestros para hacerlo de allí adelante.

CAPÍTULO XXXIX. *De la perfección de pobreza que estos apostólicos varones guardaban y tenían establecido por ley y estatuto*

E LAS COSAS QUE DEJAMOS DICHAS de estos ministros evangélicos se creerá fácilmente lo que en este capítulo se dijere acerca de la pureza de la pobreza que guardaban, acordándose de Cristo, que cuando envió a sus discípulos a predicar por el mundo les dio leyes y hizo ordenanzas, por las cuales se habían de regir entre las gentes que iban a conversar; y una dellas fue decirles: No queráis llevar fardel, ni alforja, ni calzado, donde fuéredes.[1] Y por San Mateo[2] les manda que no posean

[1] Luc. 10.
[2] Math. 10.